

# La imposibilidad del poema "humano"

Eduardo Milán

a Horacio Costa

Si *Trilce* (1922) es el libro de la infancia, *Poemas humanos* (1939) es el libro de la *vida*. Y ahora viene la pregunta: ¿*vida*, para Vallejo, es el fenómeno vida, el estar ahí y el suceder como un flujo de lo vital? No es el paisaje lúgubre de la naturaleza interrumpido por algún relámpago que regodeaba a los románticos. Ni tampoco es un discurso sobre la vida que los occidentales hemos insistido en confundir con la vida. Me temo que la vida, para Vallejo, se confunde con lo experiencial, con lo experimentado por el hombre y, entre todos los hombres, por uno en especial: César Vallejo. El calificativo de *humanos* que Vallejo aplica a estos poemas, al contrario de afirmar algo que suena a perogrullada, saca de contexto al propio término. Aunque los poemas ya estén ahí, en la vida o en el mundo y sea el hombre el actor encargado de descubrirlos, eso no borra la cualidad esencialmente humana de los poemas. A no ser que caigamos definitivamente en la metáfora y calificuemos todo lo vivo, desde lo más alto hasta lo más bajo, de poético. Pero la actitud de Vallejo no parece ser esa, en la medida en que *Poemas humanos* se plantea siempre como un libro autorreferencial, donde el hablante no pierde oportunidad de aparecer. Son poemas de un yo inclusivo que, aun cuando se desborda hacia una exterioridad aparentemente extraña, la mancha y la tiñe de subjetivismo. Esto no tendría nada de raro si se tratara de considerar a Vallejo como a un poeta lírico más. El problema no está ahí, no está en la manifestación de un yo profundo cuya necesidad expresiva puede desbordar las fronteras del lenguaje. El problema radica, me parece, en que Vallejo se obliga a dar cuenta de una vida que, más allá de la familiaridad con que se le presenta al ser humano, le es completamente extraña.

Para Vallejo la extrañeza no proviene de su ser-poeta, distinto a los demás, que sufre una permanente agresión por su diferencia. El problema proviene de lo extraña que resulta la vivencia y por

ese rumbo aparece un sentimiento de separación. Una lectura superficial de los más de noventa poemas de este libro puede sugerir al lector que nadie está más interiorizado que Vallejo de “lo que es la vida”, de la naturalidad de ese hecho. Una lectura más detenida parece indicar todo lo contrario. La vida aparece como algo inabordable, inaprehensible, intratable. Y aquí emerge nuevamente la silueta del hablante Vallejo, quien, por otra parte, siempre se consideró, en forma muy decimonónica, como un demiurgo, como un señalado para nombrar el mundo, como un fundador. Un fundador especial: muy lejos de la levedad afirmativa de Huidobro, quien señalaba que “el poeta es un pequeño dios”, al margen de la ironía que puede haber en ese calificativo que baja al poeta de tamaño de frente al Creador, Vallejo no parece entablar una competencia –ni siquiera imaginaria– con el hacedor del mundo. Aunque el lenguaje de *Poemas humanos* es muy metafórico –hasta podría decirse que demasiado metafórico en la medida en que suele abusar de las metáforas antitéticas y del principio de la analogía–, la actitud global del libro dista mucho de la visión de la aventura poética como metáfora global, abarcadora. Vallejo no es un creacionista: no pretende sustituir el mundo objetivo-real por un mundo lingüístico reglado y normativizado.

Un dios, por pequeño que fuese, nunca escribiría esto:

*Quiero escribir, pero me siento puma  
quiero laurearme pero me encebollo.  
No hay toz hablada que no llegue a bruma,  
no hay dios ni hijo de dios sin desarrollo...*  
("Intensidad y altura")

El lector puede preguntarse a qué viene la historia de la consideración de Vallejo como poeta-demiurgo si estos poemas se llaman, justamente, “Poemas humanos”. La respuesta viene a cuento porque lo que Vallejo pretende es, paradójicamente, dar la *totalidad* de lo humano, empresa tan imposible como la fundación de un mundo, aunque sea de un segundo mundo. Aquí aparece una de las claves del libro: la imposibilidad. Y esta conciencia, que me atrevo a decir que está presente en cada uno de los poemas, es lo que constituye no la modernidad de Vallejo (para eso ya estaba *Trilce*, un libro fechado históricamente con trazos muy deudores

de una estética de vanguardia) sino su *actualidad*. Actualidad en el sentido de su funcionalidad, de su validez en cuanto al ajuste que el libro mantiene con la problematización de la escritura ahora. Después de la fisura en el repertorio formal de la vanguardia, por donde está pasando mucha del agua turbia del pasado también formal, el poeta actual conoce algunas imposibilidades. Una: es imposible escribir sin la conciencia de simulacro que el hecho implica. Conciencia que indica: escribir es repetir, traducir o reacomodar una escritura anterior, una conciencia que, aunque implacable, no puede ser una coartada para negarse a la búsqueda.

Otra: conciencia de la afirmación de Wallace Stevens, quien decía: "es casi imposible escribir frente al objeto", lo que en última instancia propone una distancia insalvable. Y otra: la conciencia de que ya no es verosímil *crear* un mundo, lo que supone una imposibilidad de narración, porque el mundo no tiene un centro que lo sostenga como modelo donde la metáfora pueda operar como sustituto. Cuando el mundo se ha vuelto una metáfora completa, y una metáfora completa sin objeto como señala el holograma, las "metáforas" que se pueden crear son partículas, moléculas que sirven para indicar un descentramiento.

Conciencia del simulacro, conciencia de la desencarnación entre palabra y objeto, conciencia del descentramiento del mundo son tres rasgos que pueden fundamentar dos constantes de la poesía de este libro de Vallejo: la fragmentación y la pérdida de lógica. Ambos elementos van unidos si se acepta que es la sintaxis la que crea la lógica y es la lógica racional la que ordenaba la idea del mundo. Pero la fragmentación en *Poemas humanos* ya no es la de *Trilce*, donde se operaba en el nivel de la frase, lo que convertía a este último libro en una obra no "entendible" pero sí "perceptible". No es la materialidad de la palabra la que indica la ruptura: es la falta de continuidad semántica. Lo que estalla aquí no es la frase sino el sentido. En vez de recurrir al vacío, a la ausencia de palabra o a su desintegración, como en *Trilce*, ahora Vallejo finge una sintaxis, crea una lógica simulada. Si el lenguaje resiste y se vuelve de una potencia inusitada no es por el amparo referencial de ese lenguaje porque es el mundo el que es inconsistente. De ahí el error, ya tan característico en nuestra crítica característica, de identificar *Poemas humanos* con un libro referencial. Una cosa es que Vallejo sepa que del mismo modo en que no es posible "dar

el objeto", es imposible escapar a él. Otra cosa es irse con el engaño de que *Poemas humanos* es el libro "del mundo". Se suele recurrir al biografema para explicar la experiencia poética de un hombre que, literalmente, se moría de hambre. Eso sería echar mano a un hecho personal para restar conciencia y eficacia a toda una poética. La poética de Vallejo actúa a pesar de su peripecia humana del mismo modo que esa poética actúa a pesar de la imposibilidad de su escritura. Volver esa relación entre vida y obra del peruano una condición especular de posibilidad es un acto de cretinismo salvaje, sobre todo para quien el mundo no se le derrumbó sino que no se le construyó nunca.